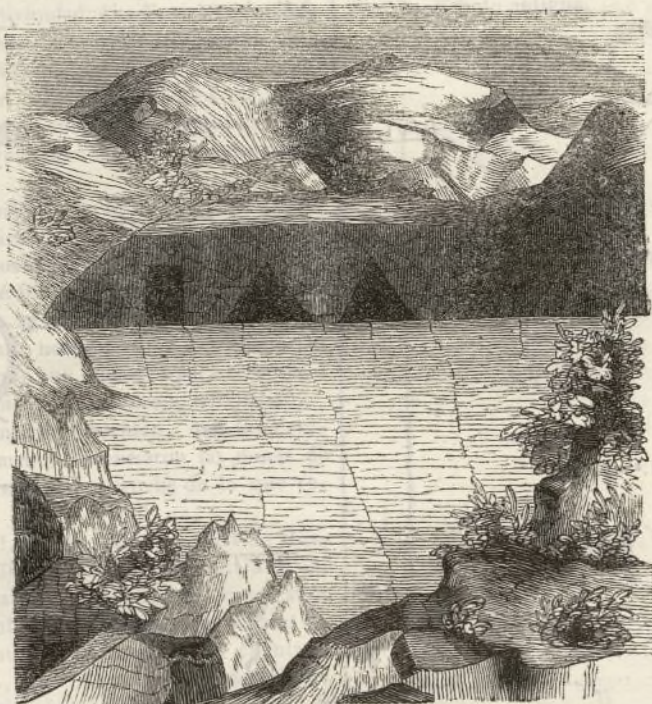


ANTIGÜEDADES ESPAÑOLAS.



TEMPLO FENICIO Y GEROGLIFICOS DE FUENCALIENTE.



ENTRE las antigüedades que nos restan de los Fenicios, son dignas de una particular atención las grutas de Fuencaliente, poblacion de Sierra Morena, muy conocida por sus baños termales. Están situadas estas curiosas grutas en la Sierra de Quintana á una legua de la villa mas allá del rio de los Batanes á la parte de Oriente. El terreno es sumamente áspero y fragoso, se crían con abundancia en él cabras monteses. Toda la falda de una parte de la montaña, que es de pedernal fino, se vé cortada formando un frontispicio de seis varas de alto y otras tantas de ancho. En esta fachada existen abiertas, y afi-

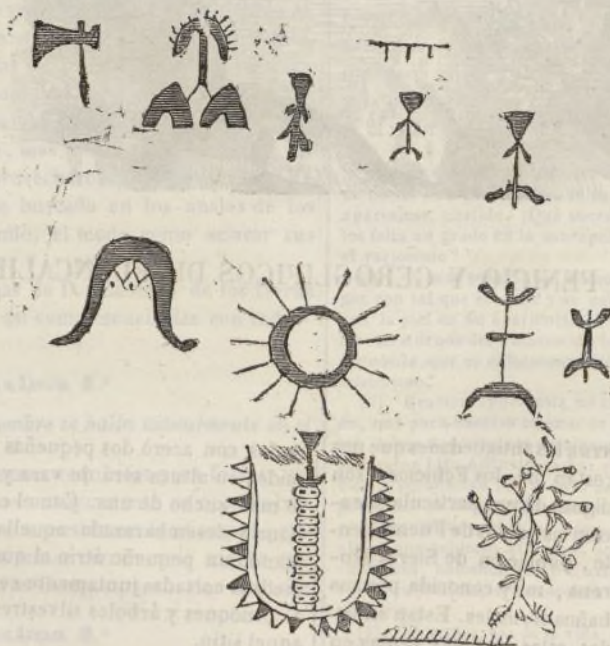
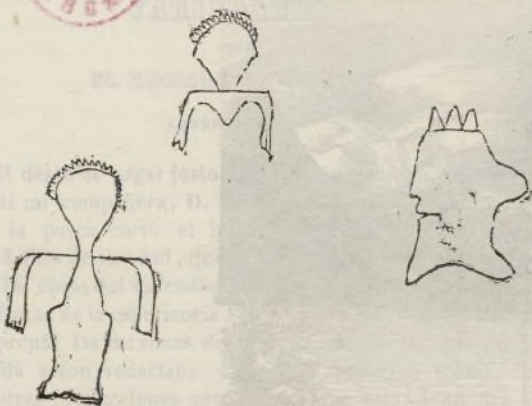
nadas con acero dos pequeñas cuevas en forma de pirámide, su altura será de vara y media, y su entrada por lo mas ancho de una. Con el corte del peñasco dejaron llana y desembarazada aquella parte del terreno, formando un pequeño átrio al que sirve de valla ó cerca las piedras cortadas juntamente con una porcion de enebros, alcornoques y árboles silvestres que hacen poco accesible aquel sitio.

En las paredes de estas cuevas están escritos con tinta de rúbrica bituminosa caracteres desconocidos en los alfabetos antiguos, y geroglíficos, que á pesar del tiempo se conservan frescos y hermosos.

A un cuarto de legua de aquí, á orillas del rio de los Batanes y en la parte que este forma una cascada, se encuentra un peñasco de pedernal, aunque no muy fino, que tiene cortada á pico su fachada. Está enteramente al

descubierto y sin amparo alguno á la parte del norte por donde corre el rio, formando un cuadrilongo de seis varas de alto y seis de ancho. Pusieron tambien en él varios geroglíficos, los de la parte superior estan escritos

con tinta negra, y los de la inferior con encarnada. Como está á la intemperie, las aguas, á pesar del betun han lavado bastante la tinta y los caracteres y geroglíficos han quedado confusos y casi borrados en algunas par-



tes; tambien puede haber contribuido el humo del fuego que se conoce haber habido al pié del peñasco.

Estos geroglíficos están escritos en la segunda cueva en tinta encarnada en las paredes de la derecha e iz-

quierda. En el centro hay tres figuras al parecer de una muger de cuerpo entero, otra de medio cuerpo, y una cara tan mal delineadas que parecen mamarrachos pintados por un niño.

El sitio en que estan las cuevas, era sin duda alguna un templo Fenicio, segun le suelen describir los historiadores antiguos. Masdeu refiriéndose á estos dice: Que los templos principales de los Fenicios eran bosques cerrados de una muralla sin techo y descubiertos para permitir libertad á la vista, y poder levantar los ojos al cielo en tiempo de sus oraciones. En estos recintos habia mesas y altares, y para el uso de los sacrificios se conservaba el fuego perenne, elemento adorado por estos como cosa mas semejante á la divinidad. Los Fenicios adoraban á la mayor parte de dioses, á quienes tributaban culto los egipcios. Es verosímil tomasen de estos los símbolos ó geroglíficos que se ven escritos en aquellos peñascos. Es pues en nuestra opinion aquel sitio el punto en que los mineros Fenicios se reunian á tributar adoración á sus dioses.

La abundancia de minas que hay en aquella sierra, los vestigios que allí existen de haber sido explotados en tiempos muy remotos, nos hacen creer que los Fenicios de las ciudades de Cartulo é Iltergi, poblaciones que existian no muy distantes de aquel sitio, tendrian establecimientos en la sierra para beneficiarlos, y dispondrian aquel sitio en la forma que aun conserva para reunirse á dar adoración á las divinidades á quienes le tributaban.

Los historiadores antiguos cuentan, que los Fenicios cartagineses y romanos beneficiaron las minas de los montes morianos, esta es una prueba de lo que referimos.

Don Fernando José Lopez de Cárdenas, cura de Montoro, comisionado en 1783 para formar en Andalucia una coleccion de historia natural y antigüedades con destino al real gabinete, descubrió en mayo del mismo año estas antigüedades. De su reconocimiento dió cuenta al conde de Floridablanca, haciendo una prolija descripcion, y manifestando que en su juicio aquel sitio es el *Luco* de quien hablan los libros sagrados del Paralipomenon, y de los reyes y algunos escritores profanos. Esta es su opinion: que despues de lo que hemos dicho no creemos necesario ocuparnos de refutar. Floridablanca, deseoso de enriquecer el gabinete de historia natural, le escribió la carta que en honor á aquel digno y sábio ministro transcribimos. «Contesto á las tres cartas de V. de 16 de abril, 26 de mayo y 12 de junio de este año, diciendo quedo enterado de cuanto en ellas me manifiesta acerca de las propiedades de las aguas de Anguijuela y Fuencaliente, y del hallazgo de las dos piedras al pié de la Sierra de Quintana, con geroglíficos escritos en tinta de rúbrica, cuyos caracteres no se hallan en los alfabetos antiguos, y que me parece bien que haya V. hecho quitar parte de una de dichas piedras para remitirla al gabinete con otras curiosidades. Pero como este descubrimiento es tan raro, quisiera tener en el gabinete una de dichas piedras entera, si pudiese aserrarse sin mucho trabajo y coste, y que V. dispusiese una relacion sucinta de este asunto, describiendo el lugar, la figura de la cueva, las piedras y símbolos, y que por conclusion tuviese el juicio que podrá formarse de haber sido *Luco*. Lo que participo á V. E. San Ildefonso á 1.º de agosto de 1783.—*El conde de Floridablanca*.»

No fué posible aserrar ninguno de estos peñascos por su dureza, no siendo esta la menor dificultad sino su traslacion por sitios enteramente intransitables. No quedaron, pues, satisfechos los justos deseos del ministro, habiendo de contentarse con un pedazo de piedra del peñasco que está á orillas del rio, que por no ser de pedernal muy fino pudo arrancarse; tendrá media vara y cuatro figuritas; debe existir en el gabinete de historia natural. Entre estos cuatro caracteres hay uno que parece de alfabeto antiguo.



Fig. 4.ª

No hemos visto, por mas que lo hemos procurado, la Memoria que en virtud de la orden que hemos copiado debió escribir el señor Cárdenas, para examinar los fundamentos de su opinion acerca de ser este sitio el *Luco* de que habla la Sagrada Escritura. Sin embargo, creemos no nos haria variar de la que dejamos sentada.

LA ESPADA DEL DUQUE DE ALBA.

NOVELA HISTÓRICA.

III.

Promesas cumplidas.

Encerrado en un cuarto muy semejante á una prision, y custodiado por dos centinelas, el gefe de la corporacion de los carniceros estaba bien distante de disfrutar

una tranquilidad completa. Impacientado de ver transcurrir las horas sin ser puesto en libertad, recibió una gran alegría al oír descorrer los cerrojos y meter la llave en la cerradura. Empero esta alegría se convirtió pronto en terror, porque la persona que apareció era nada menos que el verdugo.

—Señor mío, dijo este hombre que se gozaba en ver consternado al prisionero, vengo á traeros órdenes de alguna persona que conoceis. Es decir, que si las quebrantais, no tardarán mis manos en colocar en vuestro cuello la orden del Santo Cordon. El que me envía, me encarga os diga que si revelais quién es, ó solamente lo dais á entender, no tendreis mas que decir vuestro *in manus...*

Ahora podeis ir en derechura á casa donde aguardareis nuevas órdenes.

El carnicero obedeció sin dar tiempo á que se lo mandara otra vez; bajaba los escalones de cuatro en cuatro y cuando salvó la puertecilla respiró con amplitud varias veces, haciéndolo con gusto por la primera despues de la vispera. Tomó en seguida el camino de su casa, y con gran sorpresa vió que sus criados y sus hijos adornaban la fachada con ramos verdes, cintas y guirnaldas, mientras que los miembros de la corporacion vestidos de gala estaban formados en hileras,



—¡Y qué! estais aun en traje de mañana, le dijeron de todas partes, y ya vá á llegar la hora de la ceremonia. ¿Qué se ha hecho de vuestra habitual exactitud?

—¡La ceremonia! iba á preguntar el carnicero. Pero estas palabras se ahogaron en sus labios, porque observó entre la multitud de curiosos al verdugo que levantaba en el aire el pergamino que el viejo le hizo firmar la vispera.

Pronto estaré listo, replicó.... Y entró en su casa á ponerse el vestido de los días de gran fiesta, y tratar de averiguar qué se quería hacer con él; pero nada llegó á saber. Concluido de vestir, ocupó su lugar en el acompañamiento que se puso en marcha. El digno vecino,

que creía aquello un sueño, preguntó por lo bajo al principal de sus criados que iba detrás.

—Pedro, dime, ¿á dónde vamos?

Pedro contestó riéndose.

—¿Quereis burlaros de mí, señor?

—Habla, te lo ordeno, ¿quién te ha mandado adornar de verde mi casa?

—Un viejo que venia de orden vuestra, ¡y por San Andrés! que sabia hacerse obedecer. ¿No le habeis vos enviado?

—Si por cierto, se apresuró á decir el carnicero, al ver al verdugo que le miraba agitando el fatal pergamino. ¿Qué motivo habeis tenido para dar esta fiesta?

—¿Que razon? el sitio donde nos hallamos lo explica bastante. Señor, quereis reiros á mi costa.

—¿A dónde vamos? replicó furioso el carnicero.

—Hé allí la cabeza del acompañamiento que sube los primeros escalones de la iglesia de San Bavon; el clero está á la entrada del pórtico. ¡Viva! exclamó el criado descubriéndose y agitando su sombrero. ¡Viva! porque no quería ser él solo el que no repitiese las alegres exclamaciones de la multitud.

El señor Beecmans entró pues en la iglesia sin saber el papel que iba á representar, y se entregaba á mil suposiciones contradictorias. El clero le condujo solemnemente hasta cerca del altar mayor, donde se colocó en un sillón de terciopelo, á cuyo frente habia otros cinco ó seis sillones. De repente sonó el órgano, las trompetas de la corporacion vibraron armoniosos ecos, y se vió entrar á Estina en traje de boda conducida por sus dos hermanos, y á su izquierda á la señora Claes apoyada en el brazo de su hijo. El señor Beecmans se quedó asombrado.

—No habia necesidad de tomarse el trabajo de asesinarle para casarle hoy con Estina, dijo el hijo mayor á su padre, entregándole un cofrecillo al mismo tiempo. Hé aquí lo que me ha dado el viejo de anoche para vos, despues de haberme hecho jurar por mi cabeza, como tambien á mi hermano, el mas absoluto silencio sobre los sucesos ocurridos.

Abrió el cofre el carnicero, y halló cerca de diez mil monedas de oro, y dos ricos anillos para los desposados.

—Hé aquí, dijo para sí, lo que me parece menos mal. Si el condenado viejo hubiese dado ayer este dote á su protegido, le hubiera ahorrado y á mí tambien tantas angustias. Mi querido Joos, dijo en voz baja, venid pues á abrazarme, y dejadme daros el nombre de hijo antes de la bendicion nupcial....

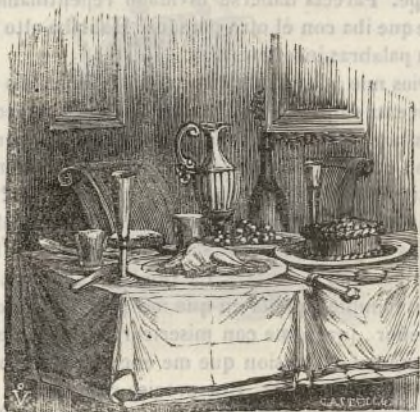
Joos fué á arrodillarse delante del señor Beecmans, quien le levantó, le estrechó contra su pecho, y le dijo al oído.

Olvido de lo pasado. ¿No es verdad?

—Os amaré y respetaré como á un verdadero padre, replicó el desposado.

Numerosos vivas se oyeron de nuevo; la señora Gertrudis enjugó sus ojos, Estina se deshacía en lágrimas al ver á Joos y á su padre tan unidos, y la ceremonia del casamiento se concluyó sin mas accidente notable.

El acompañamiento á su vuelta de la iglesia, se dirigió á la casa de la corporación de los carniceros, donde se habia dispuesto un banquete, que sin embargo de ser improvisado, era de los mas suntuosos y elegantes.



Los principales miembros de la corporación rodearon á su jefe, y le felicitaron por la sorpresa que les habia causado. El señor Beemans respondió con satisfacción que nada podia hablar del suceso del casamiento, ni aun á sus mayores amigos, hasta el momento de terminarse todo. Despues fué á reunirse á su yerno, el que estrechando las manos de Estina en las suyas, no podia dejar de mirarla, oyéndola decir constantemente que le amaba.

—¡Yo no me atrevo á consentir en tanta felicidad! decia Joos á Beemans. Hay momentos en que creo ser juguete de un sueño. ¿Quién es este desconocido al que debo la vida y que ha cambiado mi suerte, como por encanto? ¿Le conocéis, padre mio? ¿Cómo ha conseguido de vos la mano de vuestra hija? Esta mañana, al despertar he visto junto á mí al viejo, á mi madre y á mi esposa. El señor Beemans te aguarda en el altar de San Bavon, me dijo, adios, y desapareció. Vuestros dos hijos han venido á buscar á su hermana, y yo me puse magníficos vestidos que hallé colocados al pié de mi cama. ¿Por qué este misterio? ¿Por qué no puedo yo dar las gracias á mi bienhechor? ¿Por qué se oculta á mi reconocimiento?

—Con tanto mas motivo, cuanto que te ha dado por dote diez mil monedas de oro, respondió el carnicero, que no se cuidaba de contar á su yerno los medios de que se habia valido el viejo para obtener su consentimiento para el matrimonio.

—Pero ¿quién es ese misterioso personaje? ¿Lo sabéis vos?

—Yo, no. El te ha dotado; desde entonces ya no habia obstáculos para tu casamiento; este se ha verificado, y negocio concluido.

—¡A la mesa! ¡A la mesa! gritaron los criados.

Empezó la música, y cada uno se colocó en el sitio que le estaba destinado; los recién casados sentados en sillas de preferencia, y el uno junto al otro, recitaron el *Benedicite* segun costumbre en las bodas; y como á las ocho de la noche se separaron entonando canciones en que se ensalzaba la gloria de la corporación de los carniceros.

No habian concluido para Joos las sorpresas de los acontecimientos de aquel día. Cuando llevó á su muger á casa de la señora Gertrudis, no solo la encontró adornada de verde, sino que una rica bajilla de plata cubria las mesas y los aparadores. Magníficas telas de seda y lana destinadas al adorno de la recién casada, completaban mas y mas la idea de la magnificencia del desconocido. Beemans remitió á su yerno el cofrecito con las diez mil monedas de oro, y despues apareció el sacerdote que venia á echar su bendición al lecho nupcial.

A la verdad que no habia en la apariencia hombre mas feliz sobre la tierra que Joos Claes. Sin embargo de esto, parecia como preocupado por lo ocurrido, y por una tristeza interior. Estas señales fueron pronunciándose mas y mas á medida que se acercaba el fin del mes, y su inquietud llegó á ser conocida, aun por las miradas menos penetrantes. Si Estina le preguntaba llorosa, qué causa podia entristecerle de aquella suerte y qué le faltaba para ser feliz; él la estrechaba convulsivamente entre sus brazos, y la decia que era el mas dichoso de los hombres. Empero pronto volvía á su antigua melancolía. Si llamaban á la puerta, se conmovía como si algun peligro le amenazase. De noche y de día, parecia estar esperando alguna desgracia. Si se quedaba dormido era para despertarse al punto con sobresalto, y para dirigir á su alrededor miradas llenas de espanto. Todo el día le pasaba en orar y llorar delante del crucifijo de su alcoba; abrazaba á su muger; apretaba la mano á su madre, y la suplicaba no se alejasen de él, respondiendo con sollozos á todas sus preguntas. Cuando concluyó el último día del mes, pareció experimentar algun alivio. Al siguiente recobró un poco de serenidad, y al fin de la semana, de repente pareció mas consolado y mas alegre que lo habia estado desde su casamiento. Todo en su casa tomó un aire de felicidad envidiable. Joos trabajaba al torno todo el día; por la noche iba á dar un paseo con su muger, y discutian mil proyectos, porque ya la linda Estina tenia esperanza de ser madre. ¡Madre! Un angelito de color de rosa y blanco á quien tener en su regazo, á quien amar y educar! ¿Cómo les recompensaba Dios las amarguras que habian sufrido!

—Hay momentos, decia la joven, en que creo que nuestra felicidad es efecto de un milagro, y que nuestro misterioso desconocido es un santo bajado del cielo para poner término á nuestros disgustos. Sin embargo, cuando me acuerdo de la terrible escena que ha pasado á mi vista, las amenazas dirigidas á mi padre....

—No volvamos á hablar de eso, interrumpió Joos estremeido, no volvamos á hablar, Estina.

Y se sumergió otra vez en sus melancólicos pensamientos, sin que las tiernas caricias de su muger pudiesen disipar las lúgubres ideas que le devoraban.

Sin embargo esto duró poco, porque pronto pareció recobrar su tranquilidad, siendo él el primero que dió muestras de una alegría sin límites.

Dos meses cabales despues del aniversario de su casamiento, Estina, algo desazonada, estaba sentada sobre las rodillas de Joos, apoyando su lánguida cabeza en el hombro de su marido. La señora Gertrudis preparaba la cena, porque no queria que las blancas y delicadas manos de su querida nuera tocasen á un solo utensilio de la cocina. De vez en cuando volvíase á mirar aquel grupo encantador, con una sonrisa mezclada de malicia y de bondad; despues tornaba á sus ocupaciones anteriores que consistian en disponer la bajilla en la mesa y no dejar quemar un ganso que se doraba lentamente en las brasas del hogar.

En este momento entró una persona en la tienda, y de la tienda pasó sin cumplimiento al cuarto donde se hallaban los jóvenes esposos. Joos soltó un grito de sorpresa y Estina no estaba mas tranquila; porque ambos habian reconocido al misterioso viejo.

—Hé aquí un extraño recibimiento para aquel á quien debeis la vida y la felicidad, dijo tristemente. No me encañaba al creer que todos los hombres son ingratos; pero sí me equivoqué cuando supuse que tú valias algo mas que los otros.

—¡Adios, señor Joos! Dios os perdone, como yo vuestra ingratitud.

Joos se dirigió hácia él, le detuvo cuando iba á ganar la puerta, y le hizo volver á la habitacion.

—¡No, mi querido bienhechor! esclamó, no; ¡yo no seré ingrato con vos! ¡no haré jamás traicion á quien lo debo todo! ¡Adios, madre mia! ¡Adios, Estina! Es preciso que le siga. ¡Dios os bendiga durante mi ausencia y nos reuna un dia!

Al oír estas palabras, las dos mugeres se deshicieron en sollozos; el viejo las contempló en silencio por algunos minutos.

—Adios, dijo este; ¿qué importa que yo quede solo en el mundo, abandonado y sin una sincera afeccion á mi lado? Estos consuelos de mi triste vejez os cuestan demasiado para que los exija. ¡Adios!

Tan afectado estaba el desconocido al pronunciar estas palabras, que la misma Estina se sintió movida á compasion hácia él.

—Joos, esclamó con efusion, ¡Dios castiga á los ingratos! Debemos á ese anciano nuestra felicidad, seríamos muy despreciables si rehusásemos sacrificársela. ¡Adios, mi muy amado!

—Hé aquí unas espresiones que aprecio, dijo el desconocido; ¡hace tanto tiempo no las habia oído tan generosas! Sois una noble y digna criatura. Escuchad; voy á llevar conmigo á Joos; necesito que me acompañe á un largo viaje que voy á emprender; pero os prometo que así que llegue volverá junto á vosotras. Consolaos, pues, porque vuestra separacion durará solamente algunos meses.

A pesar de esta promesa, la separacion de los dos esposos y la pobre madre no fué por eso menos dolorosa. No podian separarse de los brazos el uno del otro; so-

llozaban sin cesar, y pronunciaban palabras entrecortadas, hijas de la desesperacion. En fin, Joos se armó de valor y marchó. Cuando ganó el extremo de la calle esperó á que su compañero, que le seguia con trabajo, pudiera reunírsele. El viejo condujo al tornero hácia un carruaje con cuatro caballos que aguardaba en las inmediaciones. Subieron á él en silencio, y el carruaje partió al galope. Parecia haberse olvidado repentinamente el viejo de que iba con él otra persona. Hablaba alto y murmuraba palabras incoherentes.

—¡Dios mio, decia, os doy gracias! Me habeis concedido fuerzas suficientes para consumir el sacrificio. He roto los lazos que me ligaban á las cosas de la tierra; he dado con el pié á las frágiles vanidades de este mundo. ¡Qué ingratitud! ¡Qué fragilidad á mi alrededor! ¡Pero qué importa! ¡Yo ya no pertenezco á la tierra! ¡Mirando al cielo es como quiero en adelante marchar hácia la tumba, tan cercana de mí!... La tumba, ¡Dios mio! ¡Qué hora tan temible aquella en que me pidais cuenta de mi vida! Señor, juzgadme con misericordia; porque, bien sabeis que la fatal mision que me encargásteis me imponia deberes bien tristes. Era preciso cumplirlos, y mas de una vez he levantado hácia vos mis manos lleno de dolor.

Se conmovia al decir esto; una ardiente fiebre parecia consumirle y sus manos convulsas apretaban su calva frente, sureada de profundas heridas.

—Joos, murmuró por fin, tengo sed; mi garganta se abrasa, dadme de beber; en el cofre que está á mis pies hay una botella y un vaso de plata.

El joven se apresuró á obedecer y echó en el vaso un licor que le pareció de color rojo, en tanto que se lo permitió ver la incierta claridad de la luna. Esta bebida reanimó algo al viejo y le volvió la tranquilidad. No tardó mucho en caer en un profundo letargo, y pronto el ruido de su respiracion, fuertemente agitada, concluyó por confundirse con el de las ruedas y los vaivenes del carruaje. Joos trató de dormirse, pero no pudo, el sueño no quiso consolarle un solo instante, haciéndole olvidar su marcha ni sustrayéndole á las penosas reflexiones que le atormentaban.

La situacion del tornero no dejaba en efecto de tener algo de alarmante. Se encontraba ligado con vínculos muy estrechos á un hombre rico y poderoso sin duda, pero cuyo nombre ignoraba. Emprendia un largo viaje, con un fin desconocido y por tiempo ilimitado. En vano trataba á la memoria para tranquilizarse las pruebas de munificencia é interés que le habia prodigado su señor, porque en último resultado no sacaba en consecuencia mas que dudas y temores.

Caminó el carruaje muchos dias con una celeridad desconocida en aquella época, y llegó por último á un puerto de mar. Se paró en la misma orilla, donde aguardaba una chalupa. El viejo bajó á ella acompañado de Joos, y no tardaron en meterse en un barco dispuesto á darse á la vela. Apenas ambos pasajeros pusieron el pié sobre el buque, dió el capitán la señal de marcha. El viejo sacó su rosario, oró con fervor, y pareció contener sus lágrimas á duras penas.

En cuanto al pobre Joos, suspiraba con la memoria de su madre y de Estina.

(Continuará.)



RECUERDOS HISTÓRICOS.

BATALLA DE WATERLOO.

Juan Bautista Lacoste, labrador de las cercanías de Waterloo, que el día de la batalla sirvió de guía á Napoleon y permaneció á su lado para instruirle de las circunstancias particulares del terreno, refiere así los hechos de que fué testigo ocular en 1815.

Waterloo está situado á tres leguas de Bruselas, y para llegar á él es preciso atravesar el bosque de Soignes. Antes de Waterloo se encuentra la pequeña eminencia llamada de Mont-Saint-Jean circundada de Este á Oeste por un valle de suave pendiente de 450 pasos de latitud y 40 pies de profundidad. Este fué el campo de batalla; Napoleon se situó al Mediodía y Wellington al Norte.

Era el 18 de junio por la mañana, la atmósfera estaba cargada de nubes, y los soldados, calados con la lluvia, dormían profundamente esperando la venida del día, que debía ser el postrero que había de lucir para muchos de ellos. El silencio sepulcral que reinaba era interrumpido solamente por el *quién vive* de los centinelas, que se oía de vez en cuando, y el ruido del trueno que zumbaba sin cesar. Ambos ejércitos estaban tan próximos, que los soldados de uno y otro podían hablarse. Conducido á la presencia de Napoleon le hallé al pié de una torre de observación construida de madera, que dominaba el campo á gran distancia. No muy lejos estaba situado el castillo de Gomond, á igual distancia de ambos ejércitos francés é inglés, y contra el que acababan de dirigir los franceses un ataque muy vivo, con objeto de tomarle á toda costa y arrojar de él á tres mil ingleses que le ocupaban.

Tal fué el principio de la batalla. La mortandad era horrorosa en este sitio, y por último el castillo fué quemado: el Emperador, que se había situado sobre una pequeña eminencia inmediata á la granja llamada de la Belle-Alliance, volvió á tomar su primera posición. Cien piezas de artillería de la derecha de los franceses lanzaban en aquel momento sus tiros á un mismo tiempo sobre la izquierda del ejército inglés.

El Emperador parecía animado, de muy buen humor y lleno de confianza.

Hablaba mucho con los prisioneros mas distinguidos que le habían presentado y tomaba frecuentemente tabaco.

El fuego de cañón duró hasta las cuatro y el combate fué sangriento: por último, el ejército inglés hizo un movimiento para situarse sobre el camino real de Bruselas, con el objeto al parecer de tomar la delantera en caso de retirada. Al punto la atención de Napoleon se dirigió hácia su derecha, de donde recibía avisos secretos que le tenían inquieto.

A las seis llegan los prusianos y desordenan las filas. El Emperador los rechaza á tiempo, pues que los disparos de sus cañones alcanzaban ya hasta la granja de la Belle-Alliance, cerca de la cual se hallaba aquel; á las seis cambió de posición.

A las siete, los prusianos, que habían avanzado de nuevo, retrocedieron en masa; la infantería y caballería francesa se batía contra ellos y los ingleses con el mayor encarnizamiento. El estruendo, dominante entonces en el campo de batalla, era parecido al que harían un gran número de aldereros que estuviesen á un mismo tiempo trabajando; eran los golpes de los sables que chocaban con furia cayendo sobre los cascos y las corazas.

La casa llamada de la Haie-Sainte, situada en el fondo del valle, fué perdida y tomada muchas veces á vista de Napoleon, con valor heroico por una y otra parte. Por último, después de tres horas de refriega quedaron dueños de ella los franceses, por haberse acabado las municiones á los que la defendían. El interior de aquella casa estaba sembrado de cadáveres, y sus muros enrojecidos por la sangre.

El Emperador dijo entonces que la victoria era segura. Empero á poco un regimiento de coraceros franceses, volvió grupas en la mayor confusión y desorden, sin que pudiese atinar el motivo. El Emperador le hizo reemplazar por 1500 hombres de su antigua guardia, y los arengó, pero no les acompañó. Dieron una carga terrible, pero luego los vi bajar en el mas espantoso desorden mezclados y confundidos con el enemigo, que empezó á perder la línea al mismo tiempo y marchar hácia adelante. El sol principiaba á ponerse, entonces oí que el Emperador dijo al general Bertrand: «es preciso retirarse.» Partió aquel en efecto seguido de unas cincuenta personas yendo yo delante para enseñarles el camino. El Emperador se alejó al galope del campo de batalla á través de los campos, porque el camino estaba cortado. Las once de la noche serían cuando entramos en Gennape; á aquella hora el desorden había llegado ya á su colmo; desde allí me despidió el Emperador. Al volver á mi casa

me quitaron el caballo, y corrí grave riesgo de perder la vida.

Por último, rendido de fatiga y muerto de hambre, llegué al fin á mi casa, en la que no habian quedado vigas ni ventanas, ni resto alguno de mis cosechas; un vecino me indicó que mi familia habia ido á esconderse al bosque de Soignes, donde fui á juntarme con ella. A la mañana siguiente recorrí el campo de batalla y visité el pequeño castillo de Guomond, que estaba acerbillado de metralla y lleno de muertos. Sobre los restos de los muros del jardín y del patio, se veían en muchos sitios huellas de manos ensangrentadas; eran las de los heridos que antes de espirar habian venido á apoyarse contra aquellos muros, y por el suelo continuaban los rastros de sangre hasta el paraje en que habian caído exánimes.

En aquel mismo jardín se enterraron posteriormente seis mil cadáveres que no pudieron quemarse. En un pequeño encinar que daba sombra al castillo y que fué perdido y vuelto á tomar sucesivamente por los franceses y los ingleses, ví un árbol en cuyo tronco que apenas tenia un pié de diámetro, habia las señales de 80 balazos.

Todo el campo de batalla de Waterloo, empapado de lluvia y sangre amasada con las mieses de maiz y de centeno por los pies de los caballos, formaba una especie de pasta particular. En aquel momento se distinguían á un golpe de vista 25,000 muertos y heridos por lo menos, y mucho mayor número de caballos en la misma situación. La tierra estaba sembrada de armas, sillas, bridas, morrales, uniformes diversos, restos de cartuchos y demas arreos militares.

A la mañana siguiente todo se consumió en hogueras que se levantaron precipitadamente, y los cuerpos que parecía no respiraban ya, se enterraron en una especie de zanjas que cruzan de parte á parte el campo de batalla, sin informarse antes detenidamente de si algunos de aquellos desgraciados podrian aun ser socorridos y vueltos á la vida.

Esta revelacion contradice todas las anécdotas que se refieren acerca de las acciones y palabras de Napoleon en tan memorable jornada, y demuestra que este genio militar cometió faltas muy graves en aquella batalla. Lo que sobre todo parece digno de llamar la atencion son esas palabras tan llenas de naturalidad que se le atribuyen: «*Es preciso retirarse.*»

CRONICA.

Se ha cerrado la esposicion de bellas artes celebrada en los salones del Liceo, con el objeto de escitar á la suscripcion abierta para practicar una escavacion á fin de extraer los restos del gran pintor Velazquez, y elevar un monumento á su memoria. En ella se han presentado al público las mejores obras de los artistas existentes y de los fallecidos en este siglo, con cuyo motivo ha sido acaso la mas notable de cuantas han tenido lugar en España. En el cuaderno del *Siglo Pintoresco* correspondiente

al mes de julio, hemos empezado un estenso análisis de ella ilustrado con magnificas copias de los principales cuadros.

LLamamos la atencion de nuestros lectores hácia la revista del número ya citado del *Siglo*, en la cual entre varias otras noticias interesantes, se da una idea del baile celebrado por S. M. en el Casino, acompañando vistas de esta posesion durante la fiesta.

El sábado y domingo último se ha puesto en escena en el teatro de la Cruz el acreditado drama del señor Duque de Rivas, titulado, *D. Alvaro ó la fuerza del sino*. El desempeño de esta conocida produccion fué esmerado; la señora Pamiás comprendió y ejecutó su papel con el talento y la perfeccion que acostumbra esta acreditada artista. El señor Lombia estuvo tan feliz como suele en el papel de D. Alvaro, y el señor Lumbreras trabajó como siempre con acierto é inteligencia. La concurrencia no dejó de ser bastante numerosa.

En el teatro del Circo se ha puesto en escena la *Huérfa-na Saboyana*, ópera tan falta de gracia y de gusto como *El Fantasma*, cuyo autor, el maestro Persiani, lo es de ambas. De lamentar es que se gaste tiempo y dinero en poner en escena obras tan impertinentes é insustanciales como la de que nos ocupamos.

Parece cosa resuelta que las funciones líricas del Circo serán 48, y no 50 como antes se habia dicho: en esta semana deben haberse dado las dos últimas óperas de la temporada. Son diversas y contradictorias las voces que corren acerca de la formacion de las compañías de ópera y baile que han de trabajar en este teatro el próximo invierno; aguardaremos á que adquieran algun grado de corteza para comunicarlás á nuestros lectores.

En Carabanchel Alto, se ha estrenado un teatro que vendrá á ser el punto de reunion de la multitud de personas que acuden á este lugar, haciéndose la ilusion de que van al campo á disfrutar de frescura. La idea no deja de ser oportuna, probablemente dará buenos resultados; las personas que han visto este nuevo coliseo, aseguran que es mejor que lo que podia esperarse, y que aventaja á los de muchas de nuestras capitales de provincia. La compañía se compone de actores que forman parte de la del Príncipe de esta corte. Se anuncia la construccion de una magnífica casa de baños, donde habrá tambien habitaciones para las familias que deseen pasar una temporada en este pueblo, tan atrasado hasta ahora á pesar de su proximidad á la corte, y que empieza en fin á introducir mejoras que contribuirán á su riqueza y prosperidad.

Acaba de llegar á esta corte de regreso de su viaje á Andaluca, la célebre bailarina señora Guy Stephan.



Entrada á la Alameda vieja de Sevilla.

Madrid 1849.—Imprenta y Establecimiento de Grabado de los SS. Gonzalez y Castelló, calle de Hortaleza n. 29.